

nía, será una política vana o descarriada".

Y hoy, pasados 38 años, si contemplamos a nuestra América con mirada realista, ausente de todo romanticismo, con tristeza, nos vemos obligados a pensar que las palabras de José Enrique Rodó aún permanecen en las páginas de la Historia como un mensaje que aún espera... Que aún espera desgraciadamente para nosotros, para nuestros hijos, y para los hijos de nuestros hijos. Esperar que constituye la gloria y satisfacción de los que aman la noche de los pueblos cuando el sol ocupa el cenit en un cielo que a veces nos preguntamos si realmente es nuestro.

La unificación del derecho latino-americano traería progreso a América Latina en particular y al mundo en general en todos los sentidos, desde el económico hasta el moral.

Desde el punto de vista económico podríamos reducir a un mínimum común los aranceles aduaneros, unificando todas nuestras flotas mercantes; y así unidos, no iríamos a las conferencias comerciales a pelearnos como niños los unos con los otros, sino a perfeccionar nuestra unión, la cual sin duda alguna dará frutos insospechados.

En el aspecto moral, solucionaríamos problemas como el divorcio, implantándolo en todo el continente.

Reduciendo todos esos inconvenientes y muchos más que sería prolijo enumerar, comenzaríamos a andar el verdadero camino que nos han señalado todos nuestros grandes hombres.

No es la Federación Centroamericana, ni la Federación Antillana, ni la Gran Colombia, las que nos hacen falta, para simplificar las barteras económicas, raciales y morales, que nos separan sembrando el odio y la desconfianza entre nuestros pueblos, sino simple y sencillamente la Federación Americana, y para ello el primer paso indispensable debe ser una reunión de los pueblos latino-americanos por

medio de sus representantes para la unificación de su Derecho. Que una misma ley nos rija a todos, y así podremos entendernos mejor con las otras potencias mundiales, las cuales de seguro no verán entonces un grupo de repúblicas que todavía no saben adónde van ni qué quieren.

Los grandes acontecimientos sociales no se producen nunca de golpe y porrazo, ni así porque sí, sino que son el resultado lento de un proceso de años que lo ha ido gastando hasta el día maravilloso del parto, el cual siempre redundará en beneficio de la humanidad, ya que ésta nunca marcha hacia atrás; los retrocesos en la Historia son aparentes, así por ejemplo, la revolución francesa no se produjo un día porque el pueblo francés así lo quisiera, sino que antes de aquella memorable noche, mucho antes, ya había comenzado, desde el primer día del hombre, a gestarse ese episodio de su vida, al igual que todos los demás. Así, nuestro continente americano sigue una trayectoria regida por los grandes acontecimientos internacionales, los cuales repercuten en cada una de nuestras naciones, indicándonos, según las circunstancias en que nos hallemos, la política a seguir. Somos repúblicas guiadas por las corrientes internacionales que nos llegan de los grandes imperios y de los poderosos estados, de las llamadas grandes potencias.

Seamos, pues, nosotros también, grandes potencias. Es bueno ser grande. Es bueno ser poderoso. Es bueno ser respetado, tenido en cuenta, considerado. Recordémoslo siempre: "las Américas unidas, unidas vencerán!"

Rodolfo COISCOU-WEBER,
Graduado en Derecho Diplomático
y Consular.

Dirección:
Arzobispo Merino, 85
Ciudad Trujillo,
República Dominicana.

Así es Israel Encrucijada de mundos

Por Jean MOREAU

(En *Eres News* del 6 de enero de 1948.
New York, N. Y.)

Tel Aviv (Erenesnews Exclusivo).—Viajar por Israel a pesar de las dificultades que impone la tregua armada, resulta siempre excitante. Este corresponsal ha conocido una Tierra Santa encendida por la guerra, pero ni la contienda misma ha podido borrar aquí las principales características del país. Entre el humo de la pólvora y la llamada de los fogorrazos persiste esa sutil clima histórico imperecedero, que ha hecho de estas tierras un imán de conciencias. A los cristianos de Occidente nos llega la visión real de Palestina en una envoltura de sueños infantiles. Esta tierra que pisan nuestras botas de campo la hemos conocido en la escuela, siendo niños, a través de la lectura de la *Historia Sagrada*. Todo lo que se ha soñado en la infancia adquiere, con el tiempo, calidad de recuerdo de algo que ha existido realmente. Pero la tierra bíblica poblada de bíblicos personajes es esta misma tierra que algunos autores del pasado siglo y de comienzos del presente, vieron yerma y desolada, dudando que fuera verdad lo que la tradición cuenta.

Pero hay hombres que creen en la miel y

la leche del desierto. Saben que para lograrla de nuevo han de sudar otra vez el sudor de la condena primigenia. Y acaban de saber, igualmente, que el bienestar y prosperidad se filtra por la sangre derramada.

Estas cordilleras y planicies nos son familiares. Desde la Sierra del Líbano a la península del Sinaí. Antes de 1922, la geografía política del país abarcaba una extensión de 72.000 kilómetros cuadrados. Pero la creación del reino de Transjordania redujo su tamaño a 16.600. Aunque las fronteras de Israel comprenderán un territorio menor, la situación hace problemático un cálculo definitivo.

El territorio de Israel se hunde, de norte a sur, por la depresión más profunda que existe en la corteza terrestre y por la cual se desliza en caprichosos meandros el impetuoso Jordán, el río que nace cerca de Banias, a una altura de mil metros. El Jordán une el lago de Hule, el Mar de Galilea y el Mar Muerto, a más de 500 bajo el nivel de las aguas del Mediterráneo. El pico más elevado es el Atzmon (más de 1.200 metros), en la región montañosa de Galilea.

En esta estación del año, el clima de Israel

varía, según la situación geográfica. En la llanura, a excepción del Valle del Jordán, el clima es templado. Y preferible al del verano, caluroso y húmedo. En las montañas, tanto el calor del verano como el frío que se siente ahora, en invierno, son secos y saludables.

El sistema natural de llanuras y planicies ha resultado siempre una excelente vía de tránsito, lo que contribuyó para que el país se convirtiera en la gran encrucijada internacional del mundo civilizado que surgió de la antigüedad, cuando la organización política europea se hallaba en su infancia y su influencia estaba lejos de gravitar en el seno de la humanidad. Resulta significativo que las grandes guerras entre los poderosos imperios asiáticos y el reinado del Nilo se librarán casi siempre en los campos de Israel.

Las rutas comerciales más frecuentadas para el intercambio internacional atravesaban necesariamente la tierra de los hebreos. De aquí la codicia que siempre despertó la posesión de su territorio, que aunque minúsculo, era de gran valor estratégico. La llanura costera de Palestina era y es el puente terrestre que desde tiempos remotos une a tres continentes: Europa, Africa y Asia. Así unió a los imperios de Egipto y Babilonia. La llanura filistéa sirvió de ruta a los ejércitos de Asiria y de Alejandro el Grande. Por aquí marcharon los legionarios de Roma, los soldados de Napoleón y en este siglo los de Allenby. Tal vez fué su situación geográfica la razón de los muchos ataques que soportó dirigidos principalmente contra su independencia. Pero otra vez surge el país con relieves propios en el concierto de naciones. Encrucijada de rutas como en los tiempos antiguos, su importancia se ve hoy acrecentada por el enorme incremento de los recursos técnicos y los medios de comunicación.

Los judíos, organizadamente, iniciaron la nueva colonización de su propia tierra a fines del siglo pasado. Pero no fué sino hasta 1910, con la fundación de la colonia de Daganya, que se pusieron los cimientos de la nueva comunidad que pronto habría de convertirse en estado. A Daganya se le llama "la madre de las colonias colectivas", que es tanto como decir el nuevo molde en que habría de vaciarse la nación judía.

Como hicieran hace 40 o 50 siglos atrás, los hebreos conquistan el desierto con su esfuerzo y lo hacen florecer. Y al desaparecer el desierto desaparece la miseria y la indigencia. La campiña de Israel, abandonada hace siglos, despierta de su letargo. Los naranjos y limoneros crecen por doquier. Se construyen presas de agua y se irriga el yermó. Ciudades soñolientas en su histórica grandeza, como Jerusalén, surgen de nuevo a la vida con su moderna ciudad pegada a la antigua. Y no contentos con resucitar, los israelitas crean ciudades nuevas, de las que es orgullo Tel Aviv, al costado de la anciana Jafa y que nació a la vida con el siglo.

Por primera vez en muchos siglos, las costas de este país se ven invadidas por una diferente clase de invasores: los judíos de Europa que regresan a la tierra de sus antepasados. Su reconquista del suelo patrio no es una reconquista bélica. Vienen dispuestos a reconstruir su país desde las más profundas y silenciosas raíces. Quieren poner de nuevo en marcha el motor de su historia. A los que llegan no los encuadran en batallones o falanges o legiones, sino en colonias agrícolas, en fábricas de tejidos, en la construcción de viviendas, caminos, puentes y puertos.